



PADRES E HIJOS
IVÁN TURGUÉNIEV

En el contexto de una Rusia sacudida por la reforma agraria y la abolición de la servidumbre, dos estudiantes, Evguéni Bazárov y Arkadi Kirsánov, regresan a sus casas, en provincias, después de tres años de ausencia. El reencuentro con sus progenitores pone de manifiesto los conflictos generacionales a través de los cuales Turguéniev hace un retrato magnífico de una sociedad que busca una salida a la profunda crisis en la que está inmersa. De los diálogos y reflexiones de sus personajes, el autor hace fluir las teorías políticas, filosóficas y científicas del momento, de las que Bazárov, personaje central de la novela, se hace eco configurándose como el prototipo de personaje nihilista. *Padres e hijos*, considerada como la obra cumbre de Turguéniev y uno de los hitos del realismo ruso, logra romper las barreras del espacio y el tiempo y sorprender, todavía hoy, por la modernidad de sus planteamientos.

Prólogo

En 1840, Aleksánder Bekéndorff, el jefe de la Gendarmería rusa con el despótico y funesto zar Nicolás I, aseguraba que el régimen de servidumbre era «un polvorín a los pies de Rusia». En los años de la Guerra de Crimea, y con las malas cosechas de los años 1854, 1855 y 1859, la pobreza del campesinado ruso horrorizaba incluso a aquellos mismos nobles y grandes propietarios rurales que les habían triplicado los tributos en especie, trabajo y dinero en los últimos cincuenta años. Uno de esos propietarios, de la región de Tula, reconocía que los campesinos comían todo tipo de porquerías: «bellotas, corteza de árbol, paja y hierba de los pantanos». Y otro de la región de Sarátov afirmaba que le había dado a probar a los cerdos el pan que se comían los campesinos y que aquéllos, después de olerlo, lo desechaban sin tan siquiera mordisquearlo. En sólo dos años, 1853-1855, la población campesina rusa adulta disminuyó un 10 por ciento. Los historiadores marxistas rusos coinciden en señalar que, científicamente, la primera «situación revolucionaria» que vivió Rusia se dio entre los años 1859 y 1861, pues convergían las tres condiciones «objetivas», según la terminología de Lenin, para ello: crisis entre las clases dirigentes, crisis en las clases bajas (léase campesinado) y una extraordinaria actividad de las masas (léase revueltas campesinas). Si la revolución no estalló, según esos mismos historiadores, es porque faltó el llamado «elemento subjetivo», es decir, la capacidad de la clase revolucionaria de pasar a la acción con la suficiente fuerza como para derrocar al régimen. No había en el país una clase capaz de levantar a millones de rusos descontentos y hacer la

revolución. La burguesía estaba verde, el campesinado desmembrado e históricamente atrasado y la clase obrera comenzaba a formarse.

El nuevo zar, Alejandro II, era un hombre culto, práctico, prudente y muy influenciado por el espíritu de la época. Además, a diferencia de su predecesor, ni estaba demasiado interesado en los temas militares, ni tenía convicciones autocráticas. Sin embargo, un zar tan atípico fue capaz de poner en práctica las más difíciles reformas emprendidas en Rusia desde el reinado de Pedro el Grande. Subió al trono en 1855 y durante un año prosiguió con la Guerra de Crimea, pero tras la caída de Sebastopol tuvo que iniciar conversaciones de paz. En marzo de 1856, en un discurso pronunciado ante la nobleza moscovita, Alejandro II enunció una frase histórica: «Mejor abolir el régimen señorial desde arriba, que esperar al momento en que comience a ser abolido desde abajo». Se inició entonces un periodo de reformas radicales que, alentadas por la opinión pública, fueron llevadas a cabo por el poder autocrático. Para ello el régimen encontró apoyo en las clases educadas y reformistas, repentinamente imbuidas de una fuerte convicción patriótica y un gran interés por el servicio público. Tras la derrota militar sufrida ante las potencias europeas occidentales, también las dos fuerzas de oposición más significativas —la nobleza liberal, por un lado, y el narodismo^[1] revolucionario, de otro— estaban convencidas de la necesidad de acabar en el campo ruso con el régimen de servidumbre; de reformar profundamente la administración; de explotar racionalmente los recursos naturales del país y adoptar medidas capitalistas para el desarrollo y la liberación del mercado ruso; y, limitando el despotismo y el carácter autocrático del régimen, de implicar a un sector más amplio de la población en el gobierno del país.

El 3 de marzo de 1861, la ley de la emancipación de los siervos de la gleba fue firmada y publicada. Alejandro se limitó a elegir entre las diferentes medidas que le recomen-

daron. El principal punto en cuestión era si los siervos debían convertirse en trabajadores agrícolas, que dependieran económica y administrativamente de los propietarios, o si se debían transformar en una clase de propietarios independientes, que pagaran un canon de arriendo a sus antiguos amos. La opción elegida fue la segunda.

Así estaba el país cuando, en febrero de 1862, la revista *Rússki Véstnik* [El Boletín Ruso] publicaba la primera versión de *Padres e hijos*, la cuarta novela de Iván Turguéniev.

Turguéniev, un liberal occidentalista entre narodistas y eslavófilos

Iván Serguéievich Turguéniev nació el 28 de octubre de 1818 en Oriol, una ciudad a unos 400 kilómetros al sur de Moscú. Su padre era un militar retirado, proveniente de una familia noble venida a menos, y su madre, Bárbara Petrovna, la heredera de una familia de ricos propietarios rurales. Pasó su infancia en la hacienda paterna en Spasski-Lutóvínov, en la región de Oriol, hasta que a los nueve años se trasladó con su familia a Moscú, donde estudió en pensionados privados. A los catorce años ya hablaba libremente en tres idiomas, amén de haberse familiarizado con las mejores obras de la literatura rusa y europea y, a los quince, ingresa en la Universidad de Moscú, continuando luego sus estudios de Filología en la Universidad de Petersburgo, donde se licenció. A los veinte años se matriculó en la Universidad de Berlín, entonces el gran centro de difusión de las teorías filosóficas de Hegel. En estos años berlineses mantuvo contactos amistosos con el poeta y pensador Nikolái Stankiéovich y el teórico anarquista Mijaíl Bakunin, entrando en aquel círculo intelectual ruso interesado en el sistema filosófico hegeliano y que tanta influencia posterior tendría en Rusia.

En 1841 regresa a Moscú. En un primer momento piensa en dedicarse a la enseñanza, pero sus esperanzas en el restablecimiento de la cátedra de Filosofía en la universidad moscovita se ven frustradas. Entonces ingresa de funcionario en la secretaría del ministro del Interior y escribe

una disertación sobre la imperiosa necesidad de introducir cambios radicales en la situación social y económica del campesinado ruso. Pero a los dos años pierde su interés inicial por la política gubernamental y cesa en su puesto.

Turguéniev creía en el Destino, en esa fatal confluencia de circunstancias que un día se ciernen sobre una persona y transforman de golpe toda su vida. El año 1842 fue decisivo en el futuro literario y personal de Turguéniev: el año de su primer éxito literario, su poema «Párasha», también el año de su encuentro personal con Bielinski y, por fin, el año en que conoció al «astro central» de su vida: una joven *mezzosoprano* de veintidós años, Pauline Viardot-García (1821-1910), que en el otoño de ese año interpretó en Petersburgo el papel de Rosina en *El barbero de Sevilla* de Rossini.

Pauline era hija de padres españoles y hermana de la célebre cantante de ópera María Felicia García Sitches, *la Malibrán*. Pauline, dos años más joven que Turguéniev, estaba casada con Louis Viardot, un hispanista que tradujo *Don Quijote* al francés en 1836. El amor de Turguéniev por Pauline tenía notas medievales de amor galante, un amor que ni él mismo se podía explicar en su diario:

[...] Desde el momento en que la vi, desde ese minuto funesto, le pertenezco todo entero, como un perro pertenece a su amo; y si ahora, cuando muero, ya no le pertenezco, es sólo porque ella me abandonó como a un perro. [...]. A decir verdad, nunca se interesó especialmente por mí. Al contrario, apenas notaba mi presencia, aunque a veces recurriera inocentemente a mi dinero. Para ella yo sólo era «uno rousso», «un bon enfant». Pero yo ya no podía vivir en otro sitio más que donde ella viviera. Y si yo me separé de lo que más quería, es decir, de mi propia patria, fue tan sólo por seguir a esa mujer.

Un trasunto de la relación de Turguéniev con Pauline Viardot, quizá aderezada con elementos más trágicos, podría ser el tortuoso idilio entre Pável Kirsánov y la enigmática princesa R en *Padres e hijos*.

Por lo que se refiere a Bielinski, su encuentro con él y la buena crítica que éste hizo de su poema «Párasha» fueron circunstancias que determinaron su carrera de escritor. A partir de entonces Turguéniev dedicó su vida a la creación literaria. Vissarión Bielinski, un crítico literario políticamente comprometido —se atrevió a tachar a Gógol de «predicador del látigo y apóstol del oscurantismo», cuando el genial ucraniano giró hacia el tradicionalismo en los últimos años de su vida—, era enemigo del arte por el arte. Su ideario artístico se podría resumir así: ninguna obra tiene valor si su autor carece del sentido de la verdad; el arte debe ser la expresión artística de una problemática social, y la personalidad del poeta se deduce de su obra, siendo ante todo un ciudadano de su país, su voz y su conciencia.

Bielinski (a él está dedicada la novela *Padres e hijos*) hará que el joven escritor se interese por el realismo y Turguéniev escribe en esa onda sus primeros relatos en prosa —*Andréi Kolosov* (1844), *Tres retratos* (1845) y *El camorrista* (1846)—, incluso da sus primeros pasos en la dramaturgia y la comedia. Aunque busca un estilo propio, en el principiante Turguéniev se aprecian las influencias de Pushkin, Lérmontov y Gógol. Utilizando los motivos líricos y los personajes introducidos por los primeros realistas rusos, trata de adaptarlos al realismo social europeo de mitad de siglo, que ante todo prima la exacta descripción del entorno social y la influencia que éste ejerce sobre el individuo. Es entonces cuando los intelectuales eslavófilos rusos comienzan a tachar a Turguéniev de «occidentalista», término que el joven asume, por lo que tiene de oposición radical al régimen servil que mantiene oprimido al campesinado ruso y de reconocimiento de la vía europeísta hacia el desarrollo social y económico de Rusia. En literatura, ese «occidenta-

lismo» se traduce en un escepticismo crítico hacia ciertas especificidades sociales y culturales rusas.

Sin embargo, el naturalismo comienza pronto a quedarle estrecho a Turguéniev, ya que sus principios constriñen su particular y lírica concepción del mundo y su admiración por la belleza de la naturaleza y la poesía de los sentimientos humanos. Sumido en estas dudas formales y de contenido, que incluso le hacen pensar seriamente en abandonar la actividad literaria, Turguéniev, tras una corta estancia en París en 1845, decide en 1847 marcharse a vivir al extranjero y seguir los pasos de la cantante Pauline Viardot. Los tres años que reside en Alemania, y más tarde en Francia, transformarán radicalmente sus gustos literarios y su visión de la realidad. En París fue testigo de la revolución de la Comuna, pero a pesar del respeto que sentía por el proletariado y la gente sencilla, nunca llegó a aceptar por completo el ideario revolucionario.

Mientras tanto, la lejanía de su patria incrementaba su pasión por los aspectos positivos de la vida rusa y la oposición al régimen de servidumbre a que se veía sometido el campesinado ruso se convierte en él en una cuestión cardinal. Los recuerdos de su infancia y su pasión adolescente por la caza, que le llevó a conocer de primera mano la vida rural rusa de las regiones de Kursk, Orlov y Tula, en el centro de Rusia, están en la base de *Memorias de un cazador*, una serie de pequeños relatos aislados que, inicialmente y durante cinco años, fueron publicados regularmente en la revista *Sovremiennik* [*El Contemporáneo*] y luego, en 1852, en una compilación, y que gozó de un enorme y hasta entonces desconocido reconocimiento de público y crítica.

Los primeros relatos siguen estando, compositiva y estilísticamente, muy cerca de la estética naturalista, pero poco a poco esos cuadros casi etnográficos se van transformando en una especie de epopeya particular de la vida en el campo ruso: las consecuencias catastróficas del régimen servil en la economía campesina y el ocaso económico de

los grandes propietarios y terratenientes rusos. Era la primera vez que un escritor colocaba al campesinado como fuente de los más altos valores morales de la sociedad rusa. *Memorias de un cazador* no es sólo un jalón decisivo en la carrera de Turguéniev, sino que pone también la primera piedra en esa senda literaria que conduce a la *Guerra y Paz* de Tolstói, las novelas de F. Dostoiévski, la lírica de Nekrásov, la poesía épica de Sáltikov-Schiedrin y, no en menor medida, a esas manifestaciones de la conciencia nacional de donde surgen los movimientos sociales rusos de la segunda mitad del XIX.

En 1850 vuelve a Rusia y entabla una relación muy estrecha con Nekrásov y el círculo editor de la revista *Sovremiennik*, que poco a poco se va convirtiendo en el centro de la vida literaria rusa y en el foco cultural del narodismo demócrata y revolucionario.

Sin embargo, en 1852, el zarismo autocrático de Nicolás I se abate sobre Turguéniev. Un artículo suyo que, sorteando la censura y en memoria de Gógol, se publica en *Sovremiennik*, le lleva a la cárcel, aunque el verdadero motivo de su detención era la suspicacia que provocaba en ciertos círculos gubernamentales su amistad con los revolucionarios rusos en el exilio (sobre todo, Gertzen y Bakunin). La prisión fue sustituida rápidamente por el destierro en la región de Orlov, aunque se le negó la salida al extranjero hasta 1856.

Durante su larga estancia en la hacienda Spaski, heredada de su madre, Turguéniev sigue experimentando en su estilo narrativo. Las «líneas sencillas y claras», típicas del escritor, van sustituyendo a sus antiguas maneras estilísticas. Los militantes eslavófilos y sus ideólogos, los hermanos Akrásov, ven con simpatía su rechazo de la injusticia y la inmoralidad de los grandes terratenientes rusos, así como la idea de que «los siglos de servidumbre y la larga hegemonía de las relaciones patriarcales han llevado al subdesarrollo civil del pueblo ruso». Los protagonistas de relatos co-

mo «Diario de un hombre superfluo» (1850), «Los dos amigos» (1853), «La calma» (1854), «Intercambio epistolar» (1854) y «Yákov Pacínkov» (1856) serán personajes arrancados del entorno social al que pertenecían, por nacimiento y educación, y que fracasan en sus intentos de dedicarse a tareas útiles al servicio de la comunidad o en su búsqueda de la felicidad personal: es decir, «personajes superfluos».

Otro punto crítico de inflexión en la carrera literaria de Turguéniev lo marca la publicación de su primera novela, *Rudin* (1855), escrita en el apogeo de la Guerra de Crimea, en la que Rusia resultará vencida y que supone el umbral de grandes cambios. *Rudin* es una mezcla del «hombre superfluo» y del entusiasta romántico: en él confluyen las virtudes y defectos del *raznachínietz*, el intelectual surgido del pueblo llano, y también del iluminado, que lucha por la verdad y la justicia. En definitiva, un representante de esa *intelligentzia* que, para Turguéniev, debe protagonizar el renacimiento político, social y cultural de Rusia. Con *Rudin*, también, se establece la temática, la forma y el modelo de esa novela, que luego se hará excesivamente repetitiva en la producción literaria de Turguéniev.

Mientras tanto, la situación en Rusia cambiaba rápidamente. A finales de 1857, el gobierno anuncia su intención de liberar a los siervos de la gleba. Turguéniev, tras dos años de viaje por Europa, regresa a Rusia en el verano de 1858. En ese mismo año publica su novela *Nido de nobles*, donde no se limita ya a reflejar los avatares de protagonistas individuales, sino que se atreve a dibujar un fresco histórico de la nobleza durante siglo y medio de hegemonía política y moral en la sociedad rusa y cómo aquella fue, de generación en generación, acentuando su ruptura cultural, económica y social con el pueblo. Esta novela tuvo una gran aceptación de crítica y público y ese año, 1858, marca la cima de la popularidad literaria de Turguéniev en Rusia.

Turguéniev comienza a trabajar sobre *La víspera*, que, publicada en enero de 1860, provoca una reacción tempestu-

tuosa y contradictoria en el público y la crítica. Su protagonista, el revolucionario Insárov, parece desarrollar la idea de Turguéniev de que «sólo las naturalezas heroicas y conscientes, aquellas que subordinan los intereses personales a los colectivos, harán avanzar a Rusia por el camino de los cambios». La juventud progresista recibió con entusiasmo la novela, pero tanto los círculos políticos liberales de derechas como los revolucionarios no podían aceptar el llamamiento a la unidad política que hacía Turguéniev. Dobroliúbov, en nombre de *Sovremiennik* y como portavoz de los demócratas revolucionarios, rechaza la idea de la paz civil, de la cooperación de todas las clases de la sociedad rusa para conseguir el principal objetivo: la reforma y renovación nacionales. Turguéniev rompe su colaboración con la revista, una decisión muy dolorosa, pero que no interrumpe su fiebre creativa.

Es justo en este momento, 1861, cuando Turguéniev escribe *Padres e hijos*. El escritor trata de mostrar a la sociedad el carácter trágico de los crecientes conflictos sociales y políticos que se abaten sobre el país. Sobre este telón de fondo, surge la polémica sobre cuál es el mejor camino para la salvación de Rusia, enfrentándose las propuestas que hacen los dos principales partidos de la oposición y la *intelligentzia* rusas. La apuesta de los liberales, representados en la novela por Pável Kirsánov, se basa en el respeto de los valores seculares y el reconocimiento del gran papel que deben seguir desempeñando en la sociedad rusa dos de sus instituciones clásicas: la comunidad agraria y la familia patriarcal. Todo ello, unido a un respeto sincero hacia determinados principios (progreso, humanidad y lógica histórica) y la transformación de Rusia en una nación moderna y civilizada a imagen de Occidente. En *Padres e hijos* esta vía se declara inviable. Los ideales liberales no se adecuan a la realidad, ni tampoco las medidas que proponen son capaces de superar las diferencias entre campesinos y grandes propietarios.

A la vía liberal se contraponen la propuesta de los *narodniki* (o narodistas), el movimiento demócrata-revolucionario. El protagonista de la obra, el nihilista Bazárov, propone el rechazo total e implacable de la realidad existente, la destrucción de sus bases, para que Rusia pueda salir del círculo vicioso de unos cambios mecánicos que no transforman nada. Frente a los ideales humanistas en los que se refugia la elite liberal y conservadora y las creencias y prejuicios del pueblo llano, Bazárov opone la verdad científica: debe ser la «intelligentzia» surgida de la clase media la que lidere los cambios. En sus polémicas ideológicas, Bazárov vence fácilmente a Pável Kirsánov.

Pero, a continuación, Turguéniév somete a Bazárov a las pruebas de la vida y muestra que sus ideas nihilistas conducen a la destrucción, pues se oponen a los valores espirituales y los principios y reglas eternos de la naturaleza y la vida. Los hijos rechazan la herencia recibida de sus padres y esa convicción de Turguéniév —las generaciones como cangilones aislados y sin transmisión patrimonial de valores en la noria histórica de Rusia—, apuntada ya en *Nido de nobles*, alcanza en *Padres e hijos* una profundidad desconocida, sugiriendo la ruptura del «enlace entre los tiempos» y la destructiva penetración de las contradicciones sociales y políticas en los principios básicos de la vida. Bazárov muere y lo hace también sin dejar huella ni herencia, como un «ser superfluo» o estéril más.

La propuesta de unidad nacional por la renovación salvadora de Rusia, sugerida de nuevo por Turguéniév en *Padres e hijos*, cae otra vez en saco roto. La publicación de la novela provoca un enorme escándalo literario. Los representantes de la crítica liberal y conservadora (Kátkov) dan por sentado que Turguéniév caricaturiza y se ríe de los «padres», idealizando inmerecidamente a la juventud radical. La crítica del bando demócrata-revolucionario (Antónovich, Yúkovski y Chernisheski) denuncia lo contrario: Turguéniév hace apología de los padres y satiriza malévolamente a la

nueva generación, la juventud revolucionaria rusa. Las críticas ponderadas de Písarev en la revista radical-demócrata *Rússkoe Slova* y de Strájov en *Vremia*, sugiriendo el profundo trasfondo social y filosófico de la novela y el tratamiento objetivo que hace Turguéniev de sus personajes, no evitan el ensañamiento general contra el escritor, quien, ofendido y desencantado, se marcha al extranjero y entra en una fase de esterilidad creativa. En dos años sólo escribirá un pequeño relato, «Fantasmas» (1864), y un ensayo lírico-filosófico, *¡Basta!* (1865), donde se escuchan tristes advocaciones a la fugacidad de los valores humanos.

Sin embargo, permanece activo en la polémica política. Desde Baden-Baden y París —donde pasará gran parte de los últimos veinte años de su vida— critica la fe que los *naródniki* depositan en las comunidades agrarias y en los instintos socialistas de los campesinos rusos. Turguéniev no sólo predice la descomposición que amenaza a las primeras, sino también el progresivo desposeimiento de tierras y la pauperización de los segundos, paralelo al rápido ascenso y enriquecimiento de la burguesía agraria de los *kulaks*.

Este activismo en el pensamiento político le anima a regresar a la literatura con nuevas fuerzas. En 1867 termina *Humo*, donde Turguéniev se aparta de su habitual estructura novelística en torno a un protagonista principal para crear varias líneas argumentales independientes, enlazadas entre sí con algún *Leitmotiv*, como puede ser el humo en la primera parte de la obra (símbolo de la crisis general rusa), que se convierte en elemento estructural de la novela. Las críticas, sin embargo, fueron pésimas, sobre todo las provenientes de los portavoces literarios de los partidos políticos.

La vida política rusa se aviva en la década de los setenta con los intentos de los *naródniki* de encontrar una salida revolucionaria a la crisis del país. Turguéniev se desencanta de sus antiguas esperanzas políticas (unión nacional y liderazgo de la nobleza rural) y refuerza sus simpatías hacia los